



D. Antonio Cánovas del Castillo,

murió en Santa Agueda el 8 de Agosto de 1897.

VELADA

EN MEMORIA DE

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

CELEBRADA EN EL ATENEO DE MADRID

la noche del 9 de Noviembre de 1897

DISCURSO

DE

D. ALEJANDRO PIDAL

EXTRACTO DE LOS DISCURSOS DE LOS

SRES. D. GUMERSINDO DE AZCÁRATE Y D. SEGISMUNDO MORET



MADRID

IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16, dup.º bajo.

1897

VELADA

EN MEMORIA DE

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

¡Hermosa fiesta la que el día 9 de Noviembre de 1897 se celebró en el Ateneo! Aquella Corporación, que tanto debe á la poderosa inteligencia y sabia iniciativa de D. Antonio Cánovas del Castillo, dió evidente prueba de que á la puerta del edificio en que tiene su residencia el Ateneo quédanse la pasión política, los prejuicios de secta, los apasionamientos bastardos, todo, en fin, lo que desune y separa, y que sólo penetran en aquel recinto de ilustración y cultura el amor á la ciencia, el ansia de saber, el deseo de buscar la verdad, todo lo que une las inteligencias en una suprema aspiración.

Cuanto de más ilustre encierra la capital de España en ciencia, en arte, en literatura, en noble linaje y en política hallábase reunido en el gran salón de actos del Ateneo.

No faltaban tampoco en esta solemnidad hermosas damas, y bien claro se leía en los semblantes el interés que todos los concurrentes tenían en dedicar á la memoria del insigne varón, en cuyo honor se celebraba la velada, el tributo á que son acreedores sus altos merecimientos

En la plataforma, delante del retrato del hombre ilustre, estaban los Sres. Azcárate, Pidal, Moret y el Sr. Cánovas del Castillo (D. Emilio), en representación de la familia del ilustre finado.

Abrió la sesión el Ministro de Ultramar y comenzó su discurso el Sr. Azcárate.

El sabio Catedrático de la Central que tantas veces combatió con D. Antonio Cánovas en las lides del Parlamento, con severa y sencilla elocuencia fué el primero en ensalzar una de las múltiples fases de la personalidad del gran estadista, tan múltiple y compleja, que no parece sino que en ella se resumían y compenetraban cualidades que cada una de por sí hubieran bastado para darle puesto de preferencia entre las primeras filas de la Sociedad.

DISCURSO

DE

D. GUMERSINDO DE AZCÁRATE

No nos es posible reproducir aquí íntegro el discurso del Sr. Azcárate. Nos limitaremos á copiar los extractos publicados en la prensa, reflejo, aunque pálido, de la hermosa oración del ilustre Catedrático.

«En todas las veladas de esta naturaleza —comenzó diciendo— hay dos partes: una consiste en hacer la biografía del muerto, en pintar su retrato; otra en describir, en reproducir el ambiente en que ha vivido, en hacer el marco de ese retrato.

Ya habréis sospechado que ninguna de esas dos partes corre á mi cargo. Yo os hablaré de los vínculos de afecto que unie-

ron al Sr. Cánovas con este Ateneo. Los Sres. Pidal y Moret os harán uno el retrato y otro el marco á que antes me he referido, y yo no haré más que entretrejer el cordón de que ha de colgarse toda la obra.

Existe una circunstancia en D. Antonio Cánovas que ha de hacerle simpático á esta casa, y esta circunstancia es la de su grande amor al trabajo, y digo esto porque el Ateneo es una casa de trabajadores, no una reunión de desocupados.

Hasta tal punto era Cánovas amigo del trabajo, que, para él, vivir y trabajar eran sinónimos. Pero el trabajo que Cánovas practicaba era doblemente estimable, porque no se dedicaba al trabajo necesario para obtener de él los medios de vida que hacen falta á todo hombre, sino á ese trabajo espontáneo, deseado, que no tiene otro estímulo que las exigencias del espíritu, ni otra sanción que la de la propia conciencia.

Y este amor del Sr. Cánovas al trabajo, al concretarse más, más se capta las simpatías de los ateneístas. No hay hombre que no resulte con un carácter peculiar y distintivo que sobresale de entre todos los otros caracteres que el individuo ostenta y que le acompaña durante toda su vida. Hay hombres que siempre, siendo políticos, no

por eso dejan de ser críticos, filósofos, historiadores, economistas, etc.

El Sr. Cánovas fué uno de esos políticos, sin ser de los que al cabo de los años no acrecientan el bagaje con que entraron en la política sino con una vulgar y rutinaria experiencia, que es lo menos que de los años se puede obtener. No. Él supo aprender que la política y el derecho son ciencias sociales, y que la primera no puede practicarse sin que el espíritu esté repleto de cultura en todas las ramas de la ciencia.

Decía de *su oficio*, como modestamente llamaba á la política, que ni él ni nadie que lo practicase debería dejar de trabajar para aprender. Y, en efecto, tenía razón; porque el hombre de Estado debe tener un criterio para resolver el problema jurídico, otro para resolver el problema social y otro para resolver el problema económico; y todos estos criterios son puramente técnicos, y no se adquieren más que por medio del estudio de las diferentes materias.

Como consecuencia de este estudio continuado que el Sr. Cánovas verificaba robando el tiempo á las ocupaciones que le proporcionaban los arduos problemas de la gobernanación de un país, tenía la comprensión rápida de todo aquello que se presentaba

ante su inteligencia, rapidez conseguida únicamente por la preparación que había logrado por medio del estudio.

Si no hubiera sido político, hubiese dedicado su actividad al ramo histórico, y buena prueba de ello es la continuación á la *Historia de España* de Mariana, que comenzó cuando todavía era estudiante, obra que no es la única suya, sino que escribió otras del mismo género.

Libros, en realidad, ha dejado pocos. Sus mejores producciones son los innumerables discursos parlamentarios pronunciados por él en forma de rápidas y vibrantes improvisaciones; el prólogo á *El Solitario*, los discursos en las Academias de Jurisprudencia, de la Lengua, de San Fernando, de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas y otros muchos en que se revela su decidido cariño á la cultura y al arte.

Circunscribiendo todavía más el amor del Sr. Cánovas á esta casa, sólo podré decir que ha explicado en sus cátedras á la vez que González Bravo, Escosura y otros; ha sido presidente de la Corporación varias veces durante doce años, y últimamente ha dado la mejor prueba de su afecto al Ateneo con la creación de la Escuela de estudios superiores.

Estaba identificado con lo sustancial de esta casa. En cierta ocasión recordaba las célebres palabras del Duque de Rivas, diciendo que el Ateneo era una Asociación nacida á la sombra de la libertad. De puertas adentro consideraba á todos de igual manera, como hermanos; no había para él diferencias de partido en las cuestiones políticas, ni de escuela en las filosóficas, y esta unión llegó á hacer del ateneo de Madrid, según él decía, el centro de más viva luz de toda España.

Dos recuerdos puramente personales debo hacer aquí. En una ocasión, porque el señor Cánovas hizo algo que á mí me pareció mal, y en otra, porque yo hice algo que á él no le pareció bien, se rompieron mis relaciones con el Sr. Cánovas; y justo es consignar que ambas veces se reanudó nuestra amistad en esta casa.

Con lo que he dicho he concluído de tejer el cordón que ha de sostener el cuadro y el marco que ahora vais á ver fabricar. Ya os lo avisé al principio. Tosca es su fabricación por las condiciones del fabricante, pero de gran solidez, porque en su composición han entrado como materiales tres hilos valiosísimos, tres amores del Sr. Cánovas: el amor á la ciencia, el amor al trabajo y el amor á esta casa.



Nutridísimos aplausos acogieron el discurso del Sr. Azcárate. Pero con ser aquéllos manifestación halagadora para el orador, todavía debió serlo más la honda impresión que en todos los ánimos produjo su noble sinceridad.

No era la voz de un adversario que hace justicia á su rival, era la expresión elocuente de la confraternidad que une á los hombres que por distintos caminos, pero con idéntica amplitud de miras y con igual entusiasmo, marchan hacia el mismo elevado fin.

DISCURSO

DE

D. ALEJANDRO PIDAL

A continuación el Sr. Pidal leyó el siguiente discurso:

«Admirable sobre todo encarecimiento resulta, á mi parecer, señores, la costumbre que habéis establecido de organizar estas solemnes manifestaciones en que ponéis en contacto íntimo y vigoroso el alma del Ateneo con el alma misma de la patria, asociándoos al duelo de la nación por la muerte de sus grandes hombres. Porque si el estudio, la ciencia y la verdad son el objeto de vuestras instituciones, ¡qué mayor ocasión que esta que tan señaladamente nos ofrece la Providen-

cia para estudiar en las hondas palpitaciones de la realidad que se desenvuelve ante nosotros, las revelaciones misteriosas de la verdad con que se nutre y se depura la ciencia! Á los ojos de todo verdadero pensador nada enseña tanto como una tumba, sobre todo cuando se la sorprende en aquel fugacísimo momento en que la losa sepulcral no ha interceptado por completo el contacto de aire ambiente y de luz que relaciona la presencia del que se va, con lo que le sucede y con lo que deja. Para los que buscan en la observación de los hechos la confirmación ó la prueba de sus doctrinas, ninguna ciencia engarza tan luminosamente la verdad como la historia de una vida contemplada desde las alturas de su muerte.

Y si la vida fuese una vida no sólo privada, sino pública; si su historia llegase á ser tanto la historia de la nación como la del individuo; si el cadáver que descansa en la fosa hubiese servido de morada á uno de esos espíritus superiores que dejaron hondamente marcada la huella de su paso en su peregrinación sobre la tierra, como hombres dotados de condiciones y facultades extraordinarias, marcados por el dedo de Dios con el sello de los grandes destinos, entonces casi puede decirse que la historia y la filosofía,

convocadas por la religión en los bordes mismos de la huesa, abren á los ojos de todo el que se aproxima al sepulcro el libro misterioso de los Siete Sellos que vió el Apóstol de Patmos en las visiones apocalípticas de la eternidad pendiente de la diestra del Creador, y cuyos escondidos secretos sólo se vislumbran con alguna mayor claridad en esos solemnes y decisivos instantes en que alumbrá la densa noche y las espesas tinieblas del mundo la luz del rayo con que fulmina sobre los grandes hombres de la historia sus inexorables sentencias la muerte.

Tal es, sin duda alguna por parte de nadie que yo sepa, lo que acontece hoy, por desgracia, con la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo. Van transcurridos ya días y meses, en medio de las hondas preocupaciones que nos rodean, debajo de las siniestras y pavorosas nubes que nos amenazan, en esta época contemporánea en que la vida, tocada de la electricidad que la penetra y la sirve, se desenvuelve con vertiginosa rapidez. El sol ha continuado levantándose impasible y sereno en el horizonte, las estaciones se suceden unas á otras inalterables, la vida llena con los ruidos de su cotidiana labor los campos y las ciudades, y las pasiones humanas, recobradas de los pri-

meros momentos de espanto en que las sobrecogió la catástrofe, levantan de nuevo su voz, acaso más esperanzadas que nunca, en demanda de sus respectivas concupiscencias, y, sin embargo, en vano pretendería nadie negarlo—todo el mundo lo confiesa y lo siente—hay algo como de orfandad en la atmósfera, algo así como de orfandad en la sociedad contemporánea; se palpa el vacío de una gran personalidad con quien contábamos todos para nuestras empresas y hasta para nuestras batallas; sentimos que empieza una nueva era en la historia de nuestros días; presagiamos el advenimiento de una nueva generación y la desaparición de otra aún no vieja; apunta como la alborada de un mañana y como el ocaso de un hoy en las penumbras del ayer en los futuros destinos de la nación española, y todo el mundo se pregunta qué encierra para nosotros y nuestros hijos el tenebroso porvenir que se dibuja sobre los horizontes de nuestro cielo. Como si la Providencia enlazase la muerte de un hombre con los problemas más pavorosos de la sociedad y de la patria para dar mayor realce á sus funerales, su nombre evoca y cifra al mismo tiempo todas las cuestiones pendientes: la idea de la muerte de Cánovas se ha hecho inseparable

de la idea de la muerte con que amenaza la barbarie anarquista á la sociedad y de la idea de la muerte con que amenaza á nuestras glorias más amadas y á nuestras esperanzas más risueñas la barbarie filibustera de nuestras colonias. Diríase que el proyectil que hirió las sienas de D. Antonio Cánovas del Castillo, y que no sólo hirió al hombre, sino al español ilustre, á la autoridad, al Gobierno, al partido y á la nación, había sido disparado por tres manos combinadas á un tiempo: la mano del anarquismo social, la mano del filibusterismo filipino y la mano del filibusterismo americano, como si la barbarie asiática en todas sus más recientes manifestaciones hubiera querido asesinar en su más alta representación á la civilización española; esto es, á la civilización europea, hija de la cruz, con las armas perfeccionadas de la cultura material, como para significar claramente la absoluta y urgente necesidad de los principios morales para que el mundo no se hunda en el salvajismo de la civilización, que es el salvajismo más repugnante, porque es el salvajismo, más la mentira.

Nada más digno hoy, por tanto, de serena meditación y de estudio que las enseñanzas que encierra y despidе con vivísima

luz de sí el cadáver de D. Antonio Cánovas del Castillo.

Cada época tiene su generación y en ella y con ella su enseñanza y su ejemplo. Antonio Pérez, Olivares, Somodevilla, Jovellanos fueron elocuente lección á su tiempo. Hoy, dorados con los arreboles de la tradición, sirven de enseña y de blasón á las escuelas y doctrinas. Años más tarde, la memoria de Cánovas se transfigurará en el mito por la leyenda, ó se perderá, si queréis, desvanecida en el Océano sin límites del olvido, pero para nosotros, que lo conocimos y tratamos y asistimos á su nacer y á su morir en el seno de la vida pública y pudimos admirar sus condiciones á través de las impurezas de la realidad, que á todos universalmente nos aquejan, la memoria de Cánovas presenta una magnífica oportunidad como tema de meditación y de estudio que no debemos desaprovechar sin hacernos reos de indisculpable negligencia, ¡que no todos los días en el barro amasado por la mano de Dios sopla la divinidad un espíritu y enciende una llama intelectual que sólo con el brillo de su fulgor disipa las sombras tenebrosas de la duda positivista sobre la existencia del alma y ahuyenta las negaciones ateas sobre la existencia del Creador, que

refleja en ella su luz, como el sol refleja sus rayos en los lagos hondos y serenos que se extienden en las alturas!

Porque en Cánovas, á pesar de sus extraordinarias circunstancias, se refleja mejor, á mi parecer, que en otro alguno de sus contemporáneos difuntos, los caracteres propios de esta edad tan crítica, como de transición, á cuyo desenvolvimiento asistimos. Cánovas, nacido en humilde condición, hijo glorioso de sus obras, que llega á través de las enconadas luchas de la agitada vida de su tiempo, á impulsos de su propio valer y excepcionales facultades, no sólo á ocupar todas las cimas más encumbradas del honor, del poder y de la fortuna, sino á sentarse como rey en el solio de la dictadura, tanto moral como intelectual, como (por qué no decirlo) política, que ejerció en su tiempo y en su país, y logra, al morir con muerte clásica por la grandeza y la majestad, á manos de la negación del orden social todo entero, ser sinceramente llorado por propios y extraños, por amigos y por enemigos, dejando en pos de sí un vacío imposible hoy por hoy de llenar en Ateneos y Academias, en el poder y en la Sociedad, en el partido y en la nación, en una palabra, en la historia, es la representación más genial y genuina y

más gloriosa además de la grande y tradicional democracia española que nunca pidió ejecutorias ni pergaminos al mérito y al saber para elevarlo á las alturas, que dió constante muestra de sí en todas sus empresas y batallas, que quiso abarcar, enlazándolas las majestades de la tradición con las esperanzas del progreso, que abrió generosa su corazón á todo sentimiento de vida, que reflejó en su alma todo el sol que inunda los cielos de su patria y que sólo puede morir á manos de la democracia falsificada, la que se llamó la *democracia de las tres mentiras* y pudiera llamarse la *democracia de los tres odios*, la que renegando de su abolengo divino, humano y nacional, hace su propaganda por el *hecho* concretado á la destrucción y simbolizado en el asesinato.

Detengámonos, pues, unos breves momentos siquiera á medir con la vista de cerca á aquellos restos sagrados antes que se apodere de ellos la historia. No temáis de mí análisis enfadosos y prolijos. Muchas páginas serían necesarias para analizar á Cánovas dignamente; pero Cánovas no merece el análisis, Cánovas es digno de la síntesis como toda personalidad resuelta, fecunda y vigorosa. Él llevó como por la mano casi toda la vida pública y social de su generación y de

su tiempo; él fué político y orador, historiador y académico; hombre dado á la especulación y hombre dado á la acción en todas las esferas de la actividad literaria y científica; con estudio y conocimiento nada común en las artes mismas de la guerra y en las industrias de la paz, y á pesar del carácter eminentemente práctico de toda su variada labor, á sus horas de ocio y de juventud, novelista y hasta poeta. Por eso entre los motes ó apodos con que con mayor ó menor caridad suelen la admiración ó la pasión contraria en política caracterizar á las gentes, sólo prevaleció respecto de Cánovas el de *El Monstruo* con que le señalaron amigos y enemigos á un tiempo, como testimonio de la facilidad con que su genio lo llevaba todo de frente.

Contribuía á esto, en gran parte, su saber, fruto de serios y bien dirigidos estudios; el caudal respetable de su erudición, atesorado en su facilísima memoria; el afán con que prestaba su poderosa atención á toda idea científica y á toda noticia literaria, para no quedarse nunca atrás del movimiento intelectual contemporáneo; su incansable laboriosidad, que jamás le permitió perder el doble sello más característico de su personalidad peculiar: el sello de trabajador y de

estudiante; pero más que nada contribuyó á este resultado feliz la prodigiosa flexibilidad de su ingenio.

Yo le vi en horas de angustia nacional aprovechar los instantes que le dejaban libre los implacables teléfonos del Pardo, que le anunciaban la rápida agonía de su Rey, y los apremiantes telegramas de provincias sobre alarmas y alteraciones del orden público amenazado, al propio tiempo que preparaba los futuros derroteros del poder público y señalaba los carriles de la legalidad por donde había de venir la Regencia, trayendo aún incógnita en su seno la suerte de la futura Monarquía, deliberar con el arquitecto, llegado por acaso allí, sobre los planos de la bodega de la Moncloa. Los que fuimos Ministros con él le vimos actuar como ponente en todos los negocios importantes de nuestros departamentos respectivos. Las Academias de la Lengua y de la Historia le veían todas las noches de junta, al descansar de las arduas tareas del Gobierno y del Parlamento, discutir con igual empeño y tenacidad una fecha ó una papeleta del diccionario vulgar, que pudiera mostrar en la más alta y transcendental solución de la hacienda ó de la política.

Quando el centenario último de Colón y

del descubrimiento de América, los sabios extranjeros que acudieron á contemplar desde cerca las reliquias de nuestras glorias, le vieron, sin abandonar un instante el timón de los destinos del Estado, llevar la palabra con elevación y originalidad en todo linaje de disciplinas, enlazadas con la memoria de aquel prodigioso acontecimiento, y España entera le admiró, en los comienzos de la Restauración, ejerciendo con facilidad y á la vez, de dictador en la política, de sabio enciclopédico en Academias y Sociedades literarias, de gran capitán en las guerras civiles y coloniales, de hombre de mundo y de sociedad en los teatros y salones, ¡que no le pareció carga pesada para sus hombros, al que había recibido sobre ellos de la Providencia el encargo de restaurar el orden político y social en España, personificar durante algún tiempo á toda la nación juntamente, en todas sus diversas esferas, para elevarla como en vilo en brazos de su robusta personalidad, desde los abismos de la disolución hasta las regiones de la paz y las alturas de la gloria!

Y aquí tocamos, señores, á mi juicio, la nota fundamental de la personalidad del señor Cánovas, la clave, por decirlo así, que nos da la cifra del hombre, el foco que inunda

con raudales de luz su naturaleza. Con ser Cánovas un orador de tan vigorosa fantasía, con ser un historiador de tanta erudición y memoria, con ser un político de tan decidida y constante voluntad en sus propósitos y empeños, todo esto aparecía como informado y como avasallado en él por la fuerza dominante de su talento.

Eso era, á la verdad, ante todo el señor Cánovas del Castillo: una potencia intelectual de tan colosales dimensiones, que la misma dictadura que ejercía él sobre la sociedad, ó á lo menos sobre su partido, la ejercía su talento sobre él, dominando todas sus facultades é inclinaciones. En los profundos misterios que entraña en su seno el problema metafísico del principio de individuación debe hallarse la causa eficiente de este fenómeno. En aquel cráneo forjado á golpes de martillo por la mano del Creador sobre el yunque de la materia se albergaba una facultad intelectual de una potencia extraordinaria. Diríase que en los profundos senos de aquella caja cerebral había hallado la llama venida del cielo ancho espacio para dilatarse y crecer y dar robusta muestra de sí en todas sus propias operaciones.

La facultad inorgánica del entendimiento vive y opera por sí, pero actúa, mediante

los condiciones del instrumento. De la apropiada combinación de los dos resultaba aquella potencia dinámica de percepción intelectual, mezcla de microscopio y de telescopio á la vez, con que transparentaba las cuestiones al iluminarlas con su mirada. Todo se le ha podido negar al Sr. Cánovas del Castillo en los arrebatos de la pasión durante las batallas de la política, pero nadie le ha negado jamás las proporciones ciclópeas de su entendimiento. Cuando se conferenciaba con él, sorprendía su fuerza de adivinación, consolaba la maravillosa evaluación de las razones opuestas á su dictamen, sentía uno su convicción conmovida y como dislocada dentro de sí al choque de sus pujantes razonamientos; podía dudarse del acierto de su razón, ¡que el entendimiento sólo se rinde desarmado ante la verdad!; pero vencedor ó vencido en aquella lucha, salía uno reconfortado de la batalla. Diríase que, como Jacob, hablábase peleado con un Dios cuerpo á cuerpo, y que en aquel duelo intelectual la verdad no podía haber padecido. Y así era, en efecto, por lo común: ó por un trabajo reconcentrado de la convicción ó por una rectificación inesperada de la contienda, la verdad no tardaba en aparecer serena y resplan-

deciente en su solio; pero la verdad despojada de las nieblas de las hipótesis y de las dudas por los esfuerzos de la contradicción, radiante y esplendorosa la faz, arrojados lejos de sí los postizos con que había tratado de disfrazarla el error para extrañarla del entendimiento.

Así era que Cánovas como orador no aspiraba al arte por el arte de la palabra; disfrasaba que menospreciaba la retórica y que sentía desvíos hacia la elocuencia. Las figuras y los lugares retóricos eran para él artificios incómodos de que no necesitaba el verbo clarísimo de su mente. Eran andamios que desdeñaba la fuerza ascensora de su razón. La palabra para Cánovas sólo era el instrumento dócil de su razón, y nunca consintió á su razón que sirviera los intereses de su instrumento. Por eso era tan ático su decir, por eso era la inspiración su elemento. «Yo sólo le pido á mi palabra, le oí decir una vez, que responda á mi pensamiento en el momento en que éste la solicite, al despertar de dormir, al levantarme de la mesa, en el Parlamento, en el club, en el Ateneo y la Academia.» Y tenía razón el Sr. Cánovas; era muy hermosa por sí la tersa figura de su palabra para que sintiese dejarse ver en su desnudez sorprendida. Los años de la coquetería en el

decir, los moños y los trapos de la retórica sólo sirven á la palabra, como á la mujer, para disfrazar estragos de la edad y vacíos de pensamiento.

Y si esto era Cánovas como orador, ¿qué diremos como historiador consumado? ¡Ah! señores, cuando se leen sus estudios históricos incomparables, no parece que leemos una narración, sino que asistimos en persona al suceso. A la potente evocación de su conjuro intelectual despierta y surge á raudales sobre el pergamino la vida. No es la poética y pintoresca descripción de los portadores del hecho, es su sustancia transcendental la que, evocada, se aparece. Los muertos dejan, es verdad, su sepulcro para presentarse ante nosotros, pero no para mostrarnos sus arreos, sus vestimentas y ropajes, sino para enseñarnos su corazón abierto por la mano misma de sus acciones. La mirada de Cánovas, como historiador, es la mirada del águila en la naturaleza. todo lo abarca en la dilatada extensión, y todo lo penetra en la honda profundidad, y á todo se eleva en la serena ascensión, que no conocen ni consienten límites en las regiones propias de los hechos humanos las audacias sublimes de su pupila.

Leed, leed los que no los conocáis, si por

acaso existe alguno, sus trabajos sobre la grandeza y sobre la decadencia de España, y veréis cómo á la voz del moderno Ezequiel profetizando sobre los huesos, el polvo de los sepulcros se agrupa; cómo se articulan los esqueletos; cómo la carne se va revistiendo de piel; cómo, en suma, la vida toma posesión otra vez de los dominios de la muerte, y al paso que saludaréis con respeto la fe sincera y ardiente del antiguo pueblo español, la majestad humilde de sus Monarcas, la pericia y el arrojo de sus capitanes, la audacia y la fortuna de sus navegantes y conquistadores, la sabiduría y la elocuencia de sus teólogos y poetas, la astucia y la habilidad de sus diplomáticos, y oiréis la triunfante marcha del sonoro idioma español, que canta al compás de las armas con que toma posesión y da la vuelta al universo mundo, y asistiréis á aquellos heroicos combates en que no se sabe qué admirar más, si el incontrastable empuje de nuestras naos y galeras, ó la formidable resistencia del tercio viejo, ó la intrepidez y gallardía de nuestra caballería á la gineta; os hallareis con algo más, con bastante más que todo eso: os hallaréis con la finalidad soberana, con las causas ocultas y manifiestas, con el plan divino y humano, con los medios providenciales y terrenos

que forman, animan, conservan dirigen y disuelven toda aquella máquina suscitada por Dios en los momentos más críticos de la historia moderna, para salvar á la civilización occidental de la barbarie oriental que la amenazaba con muerte humanamente inevitable, sin la nación española, cuya grandeza deslumbradora tuvo tanto de sobrenatural como de natural su decadencia; ¡que aún palpitan en mis oídos aquellas brillantes y profundísimas palabras arrancadas por el fuego de la improvisación á la mente del Sr. Cánovas en una memorable sesión del Congreso, y que los años no han podido aún borrar de mi memoria, porque en ellas está admirablemente condensado todo cuanto puede decir el historiador sobre este asunto tan transcendental como doloroso. «Pocas cuestiones hay—decía— á que haya dedicado yo más vigiliias y que haya estudiado más en los estrechos límites de mis conocimientos y de mi inteligencia, que éste de las causas que hayan podido producir la decadencia de España.»

«No se realiza ningún hecho de tal magnitud por una sola causa: La humanidad es menos unitaria en su marcha que todo eso. Muchas causas complejas, algunas de las cuales arrancaban de los motivos mismos de

nuestro engrandecimiento, produjeron esa decadencia. Nosotros tuvimos una grandeza en mucha parte artificial, en mucha parte debida más que al desenvolvimiento de nuestra nacionalidad á grandes aventuras individuales. Tuvimos una grandeza extendida por toda Europa con naciones distintas, con lenguas y costumbres diversas, y claro es que cualquiera que hubiera sido el espíritu que nos hubiese animado, nuestra decadencia era de todas suertes inevitable. Lo que debe sorprender á todo el que estudie profundamente nuestra historia, no es que perdiéramos un día el Rosellón y otro Portugal y otro el Artois y otro Flandes; *lo que verdaderamente sorprende es que mantuviéramos por tanto tiempo todas esas grandezas desde estas pobres y estériles llanuras de Castilla.*

Y si queréis saber el por qué de este engrandecimiento y el secreto resorte de esta fuerza, leed, leed de nuevo sus estudios sobre los españoles en Italia, donde como en un admirable panorama aparecen, como de relieve, los ignorados caminos por donde nos conducía la Providencia á ser los inevitables campeones de aquel gigantesco empeño, de aquella misión transcendental de sacar á salvo la fe, la religión y la Igle-

sia, y con ellas la razón y la libertad y la civilización juntamente, en jornadas como la de Lepanto, en batallas como la de Mulberg, en concilios como el de Trento, en monumentos como el Escorial, en publicaciones como la *Poliglota*, con políticos como Cisneros, con teólogos como Melchor Cano, con filósofos como Vives, con capitanes como Alba, con marinos como Santa Cruz, con poetas como Calderón, con pintores como Murillo, con oradores como Granada, con santos como Teresa de Jesús, con Monarcas como los Reyes Católicos y con pueblos como el gran pueblo español, que aun después de tres siglos de decadencia no ha perdido el genial y nativo y tradicional heroísmo de su raza, que nos le hace aparecer entre los emponzoñados miasmas de la manigua y bajo los tropicales ardores del cielo índico, como el antiguo soldado de Ceriñola y San Quintín, de la Valtelina y de las Dunas, de Norldhingen y hasta de Rocroy, donde para que dejase de ser invencible nuestra vieja infantería hubo que cañonearla como un castillo y que capitular con ella como una plaza.

Por eso os digo que el talento, el mero talento especulativo, aquel que en virtud de su origen divino y de su fuerza celestial

abstrae y generaliza, distingue y clasifica, y mira y ve detrás de lo singular lo universal para cifrarlo en síntesis concreta, es el que anima tanto al historiador como al orador en la personalidad literaria del Sr. Cánovas del Castillo.

Y si esto puede decirse del historiador, ¿qué no podría decirse del pensador, á no vedármelo los límites de la solemnidad de esta noche!

No alcanzó al Sr. Cánovas, es verdad, en el apogeo de su juventud, el renacimiento de los estudios filosóficos en España, pero estudió de joven á nuestros políticos y juristas, á nuestros teólogos y á nuestros poetas y oradores, á nuestros predicadores y á nuestros místicos, y bebió allí claro conocimiento y noticia de lo más sólido y fundamental y de lo más elevado, al propio tiempo, de la gran filosofía cristiana. Algo tarde, es verdad, pudo prestar atento oído al rumor como de invasión de las doctrinas racionalistas, que iban tomando asiento en España; pero dando al hecho toda la trascendencia é importancia que encerraba dentro de sí, dedicó su atención á su estudio, y no contento con leer todo lo que se escribía, le vimos acudir muchas noches, robando horas á su solaz, á las conferencias filosóficas que se dieron en

la Universidad Central durante algún tiempo, y á toda solemnidad académica en que se tratara de filosofía.

Por entonces hubo de trabar estrecha y hasta entrañable amistad con el célebre Padre Zeferino. Yo tuve la suerte de presenciár sus más íntimos coloquios especulativos, encerrados los tres en lo más apartado de su magnífica biblioteca. Era aquella una escena singular. Frente á frente dos de las más poderosas inteligencias de nuestro tiempo. El uno de naturaleza andaluz, malagueño, con toda la pujanza meridional: un griego de nuestras antiguas colonias peninsulares. El otro astur de naturaleza, racido y criado en lo hondo de un valle enterrado más que cercado por tres altísimas montañas, con toda la reconcentración en el carácter y en la palabra del hombre del Norte español: un cántabro transfigurado por el sayal. Con sólo mirarse se comprendían, con media palabra se comunicaban; verse y estimarse fué todo uno. Verdad es que Cánovas se jactaba de ser el primero que había adivinado al P. Zeferino en sus obras, y el P. Zeferino sabía casi de memoria los estudios históricos de Cánovas antes de regresar de Manila. De este mutuo conocimiento y de esta mutua estimación sacó el P. Zeferino grande ayuda en su pe-

regiración á través de las mitras más importantes de España, á que le había presentado Castelar, en busca del estudio y reposo de su convento. Cánovas sacó más. Sacó unas líneas en la *Historia de la filosofía*, del P. Zeferino, que le consagran á la inmortalidad entre los pensadores cristianos.

Pero donde el talento especulativo de Cánovas dió gallarda muestra de sí fué en el pavoroso problema de la cuestión social, tal como ante nuestros ojos se aparece. Parecía como que presagiaba la íntima unión entre ese problema y su muerte. Lo cierto es que en sus estudios sobre él, se transparenta la fuerza perforadora de su pensamiento, llegando hasta el fondo de la cuestión sin esfuerzo y por métodos peculiares de su naturaleza intelectual. No parece un hombre de escuela, sino simplemente un observador profundo y de buena fe que aplica atento oído á los hechos. A veces parece desorientado en la indagación, pero pronto se ve que abarca con su mirada todos los caminos. Sus conclusiones no fueron claramente entendidas al pronto: se le acusó de individualista intransigente primero y de socialista después. Fué moda, como tildarle de ecléctico. El Emperador de Alemania al principio y el Sumo Pontífice León XIII

más tarde consagraron sus opiniones. Yo he hecho un cotejo de las doctrinas formuladas en sus escritos por todos, y puedo decir que son las mismas en el fondo, y no podía ser de otra manera: es ya un lugar verdaderamente común que la cuestión social es una cuestión religiosa, y que no hay término medio para su resolución: ó el *Evangelio*, que impone la caridad á los ricos y el respeto á la propiedad á los pobres y el trabajo á todos como medio de alcanzar, mediante cortos días de prueba, la eterna felicidad ó la *Esclavitud*, que roba el trabajo de los débiles en provecho y para goce egoísta de los fuertes.

Todos los explosivos del mundo no cambiarán jamás los términos generales de este problema.

El mundo podrá presenciar un nuevo terror, el terror de la revolución antisocial, como presenció el terror de la revolución antirreligiosa en la Reforma, y el terror de la revolución antipolítica en la Convención; pero ó el género humano desaparece, ó el problema sobrenadará en todos los diluvios de sangre; ó la *Cruz*, que nos señala el cielo como patria de la común felicidad, ó el *Látigo*, que nos señala la tierra como término á nuestros destinos, y donde desde Adán ac-



salvo en los héroes de la religión, el más débil trabaja en provecho del más fuerte. Podrán los fuertes de hoy ser acaso los débiles de mañana: ésc es el secreto y acaso el castigo de Dios; pero para todo desinteresado observador, el orden de los factores no altera el producto. Cánovas lo vislumbró desde el comienzo de sus estudios; pero sólo al último concretó la fórmula más cruda de su doctrina. Había acumulado tanta razón, que ya le pareció salvado el inconveniente de la vulgaridad. No eraya el dicho rutinario del sentido común, era la reconcentración irreductible de la verdad científica demostrada.

El pensador que en plena revolución, delante de las utopías sociales, combatiendo á la *Internacional*, no había tenido reparo en proclamar ante el Congreso que «no eran posibles los derechos individuales más que en los pueblos religiosos,» y que «si fuese verdad que no hay Dios, la razón estaría de parte del anarquismo,» no tuvo inconveniente alguno en confesar que si ante la marea arrolladora del socialismo, que amenaza á la religión y á la propiedad y á la civilización juntamente, era preciso aunar todos los remedios á un tiempo, era porque la impiedad, corrosiva de la moral y del de-

recho, había privado de su eficacia universal al único Código en que se armonizaban por completo los antagonismos sociales, en una palabra: al *Catecismo*.

Ahora en lo que Cánovas se muestra implacable, y con razón, en mi modesto pero sincero sentir, es en sus razonadas diatribas contra el sufragio universal, elaborado é impuesto por las clases medias, en el seno de una civilización basada sobre la propiedad, ante las clases desheredadas, des cristianizadas y armadas de las sociedades modernas.

Es tan honda y tan viva su convicción a desarrollar este tema, que su voz abandona á veces los tonos serenos de la especulación para tomar los acentos apasionados del tribuno. No es que trate de persuadir, á mi juicio, dirigiéndose á la voluntad, es que su razón vigorosa se indigna, por respetos á su dignidad, de lo inconcebible del absurdo del principio y del hecho, que revisten, á su parecer, todos los caracteres propios de un incomprensible suicidio.

De todos modos, bien podemos asegurar que en las doctrinas y en los estudios sociales de Cánovas del Castillo brilla más, mucho más que el hombre de escuela y de sistema moldeado por la enseñanza tradicional, el ciudadano libre de la república de las letras,

que, sin compromisos con nadie, aborda resuelto la realidad sin esquivarla ni torcerla. Su talento, solicitado vigorosamente en sí por las dificultades del caso, desdeña todo auxilio que no sea el de la razón práctica del hombre de Estado. Por eso tienen tanta fuerza sus conclusiones, independientes de todo prejuicio de secta y de pandilla, y el ánimo atribulado se serena al ver la armónica conjunción que en torno de este problema temeroso verifican espontáneamente, obedientes á las atracciones de la verdad, los genios más elevados, puestos al servicio de la religión, de la humanidad y de la ciencia.

Poco os he dicho de Cánovas como orador, como historiador y como pensador en las grandes cuestiones filosóficas y sociales; menos aún os podré decir de Cánovas como literato. No consienten los desarrollos de un libro los breves términos de una oración necrológica. El orador de incontrastable habilidad en las luchas parlamentarias, de altos vuelos é ideas madres en los discursos académicos, de finísima y acerada ironía en la discusión personal, de sentido práctico y de aplicación en los negocios de Estado; el historiador que exhumó con su talento y su estudio el alma viva de su nación de entre el polvo y la polilla de los archivos; el pen-

sador que proclamó la existencia real y la necesidad social de Dios, del Evangelio y la Iglesia, la familia y la propiedad como intangibles fundamentos de la civilización europea, rindió tributo de cooperación á la novela y á la poesía. Mucho se equivocará de seguro, el que juzgue estas recreaciones literarias del pensador y del político con el criterio maligno y mordaz que ha presidido á la crítica al pormenor de la prensa que lo combatía. El hombre de Estado que proclamaba que «sólo le agradaba la poesía en los versos y que la detestaba en los negocios», como remedio y preservativo contra las invasiones de la imaginación en los dominios del cálculo, no cultivó sin preparación estas luminosas regiones del pensamiento. Conocedor de las literaturas antiguas y observador de las modernas, así extranjeras como nacionales, dejó en la *Novela histórica* acaso la mejor imitación que poseemos del gran novelador escocés; y en las distintas *Poesías* con que alegró, sin otra pretensión, sus solaces, dejó caer perlas de sentimiento y de ingenio que no hubieran parecido fuera de su lugar engarzadas en la diadema de los mayores poetas españoles ó italianos.

Pero no fué esta, ciertamente, la esfera en que dió todo el impulso de su voluntad, á

las actividades de su genio. Donde él cifró tanto la vocación de su espíritu como la gloria de su nombre fué en lo que él llamaba modestamente «su oficio», ó sea en el campo de la lucha, sin tregua, sin paz y sin reposo: en la arena candente de la política.

Al llegar aquí confieso, señores, que me siento embargado por el temor de que alguien dé contrario sentido á mis frases del que las presta mi voluntad. ¡Mi decidida voluntad de aparecer ante vosotros como narrador *desapasionado* y sereno! Lejos de mí la casi *sacrilega* intención de profanar la memoria del muerto á que se rinde homenaje esta noche, convirtiéndola en arma de propaganda ni de discusión, y menos de vilipendio y de ultraje, y si no fuera por la necesidad de deciros alguna palabra en esta ocasión sobre lo que constituyó su principal esfera de acción en la tierra, pasaría en silencio esta fase tan importante de su vida, alegando lo que es notorio para todos, que no ha podido sonar aún para él, considerado como político, la hora de juzgarlo con imparcialidad, como lo juzgará en su día la historia. ¡Que fué muy varia y compleja su labor y muy dilatada su vida!; manejó ideas y sistemas á granel y dió nombre á muchas leyes y teorías; barajó muchos hombres y

muchos partidos; tomó parte en muchas combinaciones; creó, amparó y tuvo necesariamente que lastimar muchísimos intereses, para que nosotros, los que crecimos ó nos disminuimos con él, podamos apreciar con toda la serenidad que requiere un fallo definitivo aquello que sólo se podrá aquilatar cuando, sedimentados por el tiempo los entusiasmos y los odios, aparezcan tales como fueron la intención que inspiraba y dirigía sus actos, el fin que los orientaba á modo de estrella polar, el acierto con que dispuso los medios, el éxito que coronó sus propósitos y sus planes y el resultado transcendental que produjeron en la historia sus hechos. Mientras tanto, séanos sólo lícito considerar, como anunciamos al principio, los rasgos más característicos de su acción antes que el tiempo los borre, los olvide ó los desfigure.

Como todos sabéis, la obra política de Cánovas puede decirse que se encierra en la obra de la Restauración, dilatándose, á pesar suyo, por la Regencia.

Para juzgarle con relativo acierto en esta obra, fuerza es poner silencio en esta ocasión á los diferentes criterios en que se divide la política, para prestar atento oído á su voz, que nos expone los puntos de vista en que

él creyó que se debía colocar para llevar á cabo su empresa. Sólo así podremos apreciar con serenidad la filosofía de su pensamiento y su acción en momentos tan transcendentales para la historia.

Juzgando, con razón ó sin ella, que la revolución no había tenido otra causa que la división de los monárquicos constitucionales á uno y otro lado del histórico puente de Alcolea, se propuso, actuando por el momento, no como jefe de partido, sino como virrey, buscar en la reconciliación de los monárquicos constitucionales divididos el éxito de la Restauración, agrupándolos todos junto al Trono. Para esto abarcó con una mano la sociedad que caía al lado de allá de la revolución, y con la otra la sociedad que de la revolución había nacido; y construyendo con su brazo poderoso el conjunto, apagó el fuego de las discordias que en su seno había encendido la pasión y que ya había amortiguado el desengaño, y le forzó á entrar en la órbita de la legalidad, ordenando en sistemas los astros dispersos en el espacio para que pudieran girar en él con todo el armonioso concierto de las constelaciones planetarias.

Para esto prescindió de toda legalidad positiva é invocó los eternos fundamentos

de la ley histórica y tradicional con que moldeó á la larga, durante luengos siglos de compleja labor, la forma sustancial de las sociedades, la mano que preside la historia.

Y después, resumiendo en síntesis perfecta, que casi podría llamar Hegeliana, la tesis y la antítesis legal de los principios constitucionales en pugna, forjó ó hizo forjar por diestra combinación de artífices formados por su espíritu y su ideal, la Constitución vigente, alrededor de la cual fueron organizándose las fuerzas aisladas de la política hasta crear los dos partidos gobernantes que, turnando periódicamente en el poder como instrumentos de gobierno para la patria y para el Trono, dieron comienzo á una era de paz, no exenta seguramente de defectos, pero que con sus defectos y todo debemos pedir á Dios que no se grabe en la memoria de nuestra generación como se grabó en la de la humanidad la época de un paraíso perdido, recordado con envidia y hasta con dolor entre las miserias y trabajos de la tierra, regada con sangre y con sudor y cubierta de abrojos y de espinas.

Así entendió su misión durante el período constituyente de la restauración de la Monarquía legítima el Sr. Cánovas, hasta que, logrado el propósito de ver definitivamente

consumada su obra, recobró el papel de jefe del partido conservador á que voluntaria y temporalmente había renunciado.

Entonces fué cuando anunció en pleno Senado español que á la obra constitucional y monárquica no había llevado sus ideales y compromisos de partido, sino las exigencias inexorables de la realidad y las combinaciones de las escuelas militantes; pero que terminada la misión que la Providencia y la historia le habían confiado de consuno, declaraba que á haber obrado por cuenta propia no hubiera procedido como procedió, sino como requerían imperiosamente de él sus convicciones conservadoras.

Y aquí empieza una nueva era en la política de la Restauración. La primera fué como de creación constitucional y orgánica, la segunda como de consolidación y de lucha, dentro de la esfera legal, por el lógico y progresivo desarrollo de las tendencias. Entonces fué cuando, completándose por ley de prescripción los partidos, vinieron á la legalidad por uno y otro lado juntamente los elementos que no habían juzgado oportuno concurrir á la ejecución de la obra en los primeros momentos de la empresa; entonces fué cuando, llegadas á su apogeo, brillaron en todo su esplendor las agrupa-

ciones conservadora y liberal frente á frente.

Pero entonces fué también ¡ay! cuando el cielo nublándose de repente, dejó caer sobre la desventurada nación la catástrofe inesperada del Pardo.

El Rey, que nos había sonreído como una esperanza de paz, de gloria y de progreso, se marchitó al rigor de las inclemencias de la vida, y en aquel trono, ocupado por la juventud viril, gallarda y fuerte, tuvieron que refugiarse la viudez, la orfandad y las zozobras de lo desconocido.

¡Ante las sentencias fulminadas por Dios, sólo cabe enmudecer y humillar la frente á los hombres! ¡Dios mismo con su propia mano cerraba el ciclo de la Restauración y abría la era de la Regencia!

En aquel momento solemne Cánovas no se inmutó. Con la misma serenidad con que había resistido los impulsos generosos, aunque imprudentes, de la nación para lograr el éxito por otros caminos, cuando la célebre cuestión de las Carolinas, en que sólo debimos á Cánovas y al Rey sacar á salvo la paz, la honra y las colonias, con la misma se presentó en las tristes arboledas del Pardo; cruzó grave y sereno sus enlutados salones; se acercó al lecho fúnebre en que yacía caliente aún el cadáver del Rey, que

acababa de sumirse en la eternidad; arrancó respetuosamente de él á la esposa anonadada por el dolor, y reconociéndola en nombre del Gobierno como Regente, abrió con la mano misma del poder el camino real de la legalidad, que siguieron todos bajo su dirección con feliz unanimidad más tarde: cuando Cánovas terminó verdaderamente su misión, tomando como Presidente del Congreso á la Regente el juramento de la Constitución, «no *para serlo*, como en frase profunda lo había condensado su genio previsor, sino *por serlo* solamente».

Cánovas me lo dijo entonces y me lo ha repetido después, y sospecho que no será yo sólo quien lo haya escuchado de sus labios: «Este es el momento en que yo me debo retirar de la vida pública totalmente»: frase que aclaraba aquel tan comentado como explotado concepto: «á reinado nuevo, hombres nuevos».

Lo cierto es que si no se retiró, se eclipsó del todo durante algún tiempo. Hecha la resistencia de honor á una legislación democrática fundada en el *Jurado*, en el *Sufragio universal* y en el *Matrimonio civil*, que veía con pena amparados por elementos conservadores, si no del partido, de la sociedad, y que á él le parecían tocados de

obcecación y de vértigo, puede decirse, en realidad, que sus subsiguientes Ministerios no fueron Ministerios políticos, sino de negocios.

Quedaba, es cierto, su altísima y transcendental personalidad, que por sí sola influye y pesaba en la política como el sol por el solo hecho de su masa influye en el sistema solar; pero fuera de esta influencia, debida á su presencia meramente y á la indiscutida y omnímoda autoridad que alcanzaba en todos los ámbitos de su partido, haciendo de él, aun sólo por esto, un inapreciable instrumento de gobierno para la nación, y al respeto con que hasta los que alardeaban de ser sus enemigos en público le consultaban en secreto, un vago presentimiento de pesimismo interior presidía á todos sus actos. Prestó, es claro, el poderoso concurso de sus luces y de sus aciertos á toda obra patriótica y común, á Gobiernos amigos y adversarios; pero paralizóse totalmente en él el impulso de la lucha y de la batalla por el poder y por el mando. Sostuvo, más que combatió, al partido opuesto, en el poder, y sólo se prestó repetidamente á heredarlo cuando estaba expedida la patente de defunción por los médicos del partido.

Su última campaña de sobra la conocéis,

no he de juzgarla yo aquí y en estos momentos; sólo consignaré dos ó tres frases que sentí caerle del corazón, más que de los labios, en momentos de íntima y reconcentrada expansión... para que las recoja, si gusta, la historia:

«Hacemos cuanto se puede hacer y nadie podría haber hecho más, ciertamente, ni nadie creyó que se podía hacer tanto como se hace.» — «La historia me juzgará, de seguro, con más alta imparcialidad que hoy se me juzga por algunos.» — «Tengo fe en el éxito si se me deja; pero si se me estorba, ¡qué he de hacer!» — «¡España no puede ser una nación de mercaderes!» — «En todo caso, pues todo lo tengo previsto, yo sacaré á salvo el honor de España y de su bandera.»

Estas palabras que, como veis, pudieran servir de epígrafes á distintos capítulos de un libro, son otros tantos motivos de meditación, que dejo entregados á vuestro estudio.

Yo no sé lo que Cánovas hubiera podido dar de sí en estos últimos momentos; no tengo la visión profética de los futuribles históricos y no he de juzgarle por el incienso ni por el ultraje con que alternativamente se le saludaba hasta por los mismos órganos de la opinión en la plaza pública y en

la prensa; pero sí he de decir, para no ser cómplice cobarde de un cómodo y egoísta silencio, que cuando le oía disertar sobre los problemas coloniales pendientes, tomar el pulso á cada fuerza y el peso á cada opinión, clasificar los elementos en pro y en contra de cada tendencia y sumar las ventajas y las desventajas de cada solución... un sentimiento se apoderaba invenciblemente de mí... Que podrían ser ó no ser insuperables los obstáculos para obtener un éxito feliz, que no á todo alcanza el poder limitado del hombre; pero que si el éxito fracasase, no sería porque nos hubiese negado Dios en la hora suprema del conflicto una inteligencia superior que lo dominara desde lo alto, una voluntad decidida é incontrastable dispuesta á sacrificarlo todo para conjurarlo.

Pero dejando á un lado prejuicios y presentimientos, lo que no es dado á nadie negar, lo que consignará en su día la historia es que bajo su personal dirección España, que aparecía á los ojos de todas las naciones civilizadas del mundo como un país desangrado, exhausto de energías y de poder, como un león postrado por sus dolencias en todas las miserias de la decrepitud, como una hacienda averiada y como una población sólo

apta para las tristes hazañas de la guerra civil y las funestas proezas de los alzamientos militares, se reveló de pronto como un país dotado de alma generosa y enérgica, pronto á todo sacrificio y abnegación en aras de los derechos de su nacionalidad, y que como si fuese un solo hombre, tremolando los gloriosos jirones de su bandera nacional y desnudando con serena resolución su espada, abandonaba alegre sus hogares formada en ejércitos inesperados por su número y organización para defender en sus colonias, no el material provecho ni el comercial interés, sino los altos destinos que en la historia le había confiado la Providencia.

Esta fué su última labor: la muestra gallarda que dió de sí la España de la Regencia, ¡aquella España que en las últimas agonías de la revolución nos había descrito la elocuencia de Castelar como un cadáver desgarrado por las discordias civiles y á la vera de cuya fosa se daban cita la naciones rivales de su poder para echar suertes sobre sus vestiduras!

Las últimas palabras que crucé con él cuando tan vecina, aunque oculta, tenía la criminal emboscada de la alevosía y la muerte, tampoco las podré olvidar fácilmente. «En Octubre pasará un mal momento el par-

tido conservador (me dijo con acentos que podrían pasar por proféticos), no porque no tenga seguridad de dominar la situación, tanto en Cuba como en Filipinas, sino porque no quiero, si se sigue así, que la campaña de violencia con que se me acusa alcance y envuelva á nadie más que á mi persona.»

Palabras que revelaban las confianzas de su cabeza y los temores de su corazón.

Porque eso ¿quién lo podrá negar? Podría tener otras pasiones, que hombre era, y nada humano, sabido es, podemos considerar ajeno á todos y cada uno de nosotros; pero su pasión ardiente y convencida y tenaz era la patria y la Monarquía, que se confundían en una sola entidad en su corazón y en su mente, en su acción como en su doctrina.

A él se debe, á las adivinaciones de su genio á través de los grandes hechos de la historia, la implantación en la España moderna de aquella teoría sobre la consustancialidad de las dos, que le llevaban á declarar sustantivas las formas de gobierno en política. A él se debe la solemne promulgación de aquella profunda teoría que él recogió entre el polvo y las ruinas de los monumentos históricos, más aún que en los tratados de ciencia y de filosofía políticas: la distinción sustancial entre la formación abs-

tracta del poder, según la ciencia de las escuelas, y la formación histórica y real á través de los siglos y de los hechos. A él se debe que en el orden político la majestad de la Monarquía española se cierna como soberana autoridad compenetrada con la soberana autoridad de la majestad de la nación, sin que el contrato casi divino de esta unión indisoluble penda de ningún efímero papel ni de ninguna más ó menos borrosa tinta, sino de los títulos imperecederos de la voluntad de Dios en la historia, confirmados por el alma de la nación y escritos con la sangre generosa del pueblo sobre el suelo mismo de la Patria.

A esta fe, á esta convicción, á este amor que revestían en él los caracteres de un deber, ajustaba sin vacilación su palabra y sus obras.

«Ser monárquico por ser amigo del Rey, no es ser monárquico de verdad, es ser amigo del Rey solamente. El verdadero monárquico lo es del Rey, no por amigo, sino por Rey, aunque sea el Rey perpetuamente enemigo», le of contestar una vez á las críticas irrespetuosas de alguno que hablaba de correspondencias de cariño y de gratitud.

Porque aquel hombre que ha sido consi-

derado sin razón, como escéptico en el orden práctico de la vida, tenía, no sólo fe religiosa y científica en los dogmas religiosos y morales y en los grandes principios de la humanidad, sino que rendía culto sincero á tres cosas que no suelen hoy merecer análoga devoción de los hombres. Tenía fe religiosa en la historia, á la que miraba como el tribunal de la posteridad, cuyo fallo era preciso merecer á toda costa, aun á costa de la popularidad efímera del momento; tenía fe en las fórmulas consagradas por la tradición y en las formas exteriores de los organismos jerárquicos, que creía indispensable conservar para no convertir á la sociedad democrática de nuestro tiempo en una infame Behetría, y tenía fe, finalmente—fe profundamente moral,—en el cumplimiento del deber, tal como se aparecía á sus ojos.

¡Ah, señores, se ha hablado mucho, yo he hablado también de la soberbia de Cánovas! Puede decirse que este ha sido un lugar común de las conversaciones políticas de todos. No niego yo que no ocultase todo lo debido la convicción de aquella general superioridad que le daban sus medios intelectuales. Válganle en esto de disculpa aquellas palabras tan conocidas de un virtuoso y sabio prelado francés: «La encina no puede



tenerse por yedra.» Lo cierto es que al lado de rasgos escapados á la acción de su voluntad, por explosiones de sus nervios que confirmaban esta creencia, lo que descollaba en Cánovas, en todo momento, era una paciencia sin igual, con cosas, con hechos y con personas.

Y el secreto nobilísimo de esta paciencia era «el deber». El deber que él creía propio y natural de su oficio de político y gobernante. Jamás le vi aplazar un trabajo, un estudio, una lectura, una conversación, por enojosa que fuera, é inoportuno el momento en que solicitase su atención, en el paseo, en el teatro, en la mesa, en el lecho mismo del descanso y hasta del dolor.

Como el *talento* en el orden intelectual, fué el *sentimiento del deber* en el orden político, su gráfica característica. El deber, sólo el deber, le llevó á veces desde la oposición al Gobierno; el deber le apartó de poner en práctica su resolución de retirarse á «las mil felicidades de su casa», como me decía una tarde viendo ponerse el sol en las frondosas alamedas de la Huerta, rodeado de la admiración cariñosa de su mujer y de unos *in folios* en pergamino; el deber le hacía abandonar toda distracción, como he dicho, cuando se le ofrecía un asun-

to á su consideración ó á su fallo, el deber le hacía saltar de golpe del lecho para escribir una carta crispada y nerviosa como un apóstrofe al Ministro de la Guerra sobre un cuartel, al de Estado sobre una negociación, al de Marina sobre un crucero, al de Fomento sobre el Museo de Pinturas, al Gobernador sobre una manifestación, al Alcalde de Madrid sobre el riego. El deber, y sólo el deber, le hacía sacrificar el íntimo goce del estudio y los libros, á los que sólo podía dedicar ratos sisados ocultamente á sus abrumadoras ocupaciones, lo que le hacía graciosamente decir: «Yo estudio como otros roban pañuelos».

Y el deber, finalmente, el deber, ha sido la causa ocasional de su muerte.

Nada tenía personalmente contra él el desdichado que le privó de la vida; pero representaba la autoridad y personificaba el Gobierno de una sociedad que comete el delito de defenderse con la ley, de sus enemigos jurados que la combaten sembrando alacaso y por doquier la muerte, la desolación y la ruina; y eso bastó para designarlo á sus golpes.

Por eso ha muerto á manos de la anarquía social, como mártir del orden social todo entero, y por eso espero que Dios, que

es el fundamento único de este orden, habrá mirado con amor el alma del gran patricio que se presentó ante su divino Tribunal con la palma inmarcesible en la mano.

Así lo consideró toda la civilización á la vez al llorar su muerte como la de mártir, con aquel llanto universal de reyes, de sabios y de pueblos que regó las flores de su sepulcro.

¡Grande y extraordinario tributo rendido por el sentimiento universal, no sólo á la víctima propiciatoria de los fundamentos sociales, sino al reputado por la opinión como uno de los primeros hombres de Estado de la época contemporánea!

Y no se tome á exageración.

Que si no dispuso como Bismark de un poder constante y soberano para preparar y concluir las combinaciones diplomáticas y guerreras que le permitieron fundar el imperio; si no obtuvo como Cavour la complicidad de la revolución desde el protestantismo á la judería, y desde Napoleón hasta Mazini para formar el reino de Italia; si no tentó á sus órdenes como Gladstone todos los recursos del pueblo inglés para transformar como de golpe los ideales de su raza, no enturbió con las artes de la mala fe la noble acción de su política internacional, ni suscitó á la patria

problemas que atentaran contra su integridad ni su fe, ni obscureció el brillo de su reputación con los despechos de su vanidad en el ocaso de su existencia, ni dejó luego rastro tras sí de lágrimas y de sangre suficientes para borrar la aureola con que la humanidad circunda la frente de sus bienhechores.

Otra y distinta fué su misión, otros y varios sus instrumentos, otro el pueblo que gobernó, otras las instituciones que defendía; pero hubiera sido cosa curiosa de ver la acción de esos tres grandes hombres en España, donde á la sola idea de un Ministerio que dure más de dos años parece que se conmueven los fundamentos de todo el orden social, como si por extraña contradicción con el de todos los países del orbe, sólo pudiera tener por base el orden aquí, los trastornos, las mudanzas y la inestabilidad del incesante movimiento.

Por eso temo, señores, en verdad que si Cánovas aparece relativamente pequeño al lado de lo que hubiera podido ser al servicio de más espléndidos ideales y mejor servicio de medios que secundaran su acción, su figura, tal como es, se vaya agrandando más y más cada día sobre el pedestal que, á nuestro pesar, le forjen los futuros acontecimientos.



Que ése suele ser á veces el arco triunfal que levanta á sus grandes hombres la historia; arco compuesto más que de trofeos y de laureles en vida, de las desdichas conjuradas por ellos, que levantaron audaces la cabeza apenas desapareció de la escena la mano de hierro que las oprimía. Que en la historia de las naciones, como en la vida de los individuos, sucede con la autoridad como con la salud: no se sabe lo que vale hasta que se pierde.

¡De seguro que con ser tan ávido de la gloria no hubiese él querido nunca para sí la que destacara su grandeza elevándola sobre las piedras de las ruinas de nada que perteneciera á su patria! ¡Aquella patria que sirvió gloriosamente con la pluma y con la palabra, y en aras de cuya salvación quiso la Providencia otorgarle el honor de que depositara como ofrenda preciosa su vida! ¡Vida honrada por todos los grandes actos de su existencia, y más honrada todavía por el acto supremo de su morir, pues ya la historia ha grabado con el cincel de la inmortalidad sobre el mármol de su sepulcro aquella sentencia decretada por la humanidad para los favoritos de la muerte:

Un vel morir tutta una vita honora.

Hora es ya de terminar, señores, que bastante he abusado de vuestra bondad esta noche, aun pasando en silencio tanto y tanto como os tendría que decir con sólo dejar abiertas las válvulas de mis recuerdos.

Nadie podrá tacharme de parcialidad en pro ni en contra de la gran figura que he bosquejado. No me he dejado llevar por el amor, ni por el influjo de esa hora que se suele llamar con sarcasmo *la hora de las alabanzas*. Tampoco he aprovechado la ocasión para poner de relieve ante la historia las harto notorias diferencias que tuve públicamente con él antes de pertenecer á su partido.

Por lo mismo que entonces le dije rudamente la verdad, y que después le he ayudado lealmente (sin contradicción) siendo modelo de disciplina, tengo autoridad para exigir que se crea en la sinceridad de mis palabras.

Si al principio le combatí por el sentido general de la Restauración, que yo hubiera querido más alto, no tuve reparo alguno en ser ministro con él cuando, consumado todo en la historia, se me buscó para confirmar el sentido conservador de su partido y en ayudarle desde lo alto de la Presidencia del Congreso después, cuando más que soluciones

constituyentes se ventilaban doctrinas de aplicación á la política constituída.

Siempre vi en él la *hipótesis* arrolladora y triunfante con quien tenía que contar todo principio y todo sentimiento moral que aspirase á traducirse en político, y como tal lo secundé sin otra intención y propósito, como bien á las claras puede apreciarlo hoy todo el mundo. Pero sobre todo otro sentimiento respecto de él, el que constantemente me subyugó desde que le conocí combatiéndole fué el de una sincera y profundísima admiración por la fuerza propia, peculiar y exclusiva de su talento.

Cuando pienso en el bárbaro crimen que lo mató, os lo confieso con vergüenza, casi tanto como el pecado contra Dios, el delito contra la ley, el crimen contra la patria y el orden social, me enciende y me irrita la sangre la idea de aquel cerebro privilegiado destrozado bárbaramente por el plomo, la idea de aquel foco potentísimo de luz, sumido de pronto para nosotros en las tinieblas, de aquella fuerza concentrada por Dios para bien de la humanidad en aquel organismo viviente, aniquilada por el fanatismo estúpido de una secta que ha erigido en la destrucción el ídolo de sus abominaciones.

Por eso no olvidaré jamás, aunque viva

largos años sobre la tierra, aquella escena grabada en mi fantasía y en mi corazón con rasgos tan sombríos como indelebles, cuando en el solitario, desierto camino de Vergara, abrasado por los ardientes rayos del sol, me tropecé inesperadamente, de pronto, con el cadáver errante del gran hombre.

Al verlo aparecer envuelto en las densas nubes de polvo que levantaba el trote de los caballos del carro funeral y de los soldados montados que le precedían cubiertos con sus blanquecinos capotes; al verlo pasar delante de mí como una visión dantesca, separado de todo otro séquito y acompañamiento que el vacío, el silencio y la soledad inevitablemente producidos por el respeto á las inconcontrastables violencias del dolor; al contemplarlo encerrado en el ataúd que se veía á través de la urna fúnebre de cristal en que el sol reverberaba sus rayos; al mirarlo desaparecer apresuradamente en las revueltas del camino como una aparición fugitiva que sólo deja tras sí el abandono y el olvido, declaro que me sentí como víctima de una pesadilla de esas que dejan sin latidos al corazón y sin ideas al entendimiento. ¡Cánovas, el hombre extraordinario que acababa de ver lleno de vida y de vigor en la cúspide del poder, fijando los ojos sobre

si de todo el mundo civilizado! ¡Cánovas, aquel genio de cuya voluntad pendían tantas voluntades y de cuyo entendimiento recibían luz tantos entendimientos! ¡Cánovas, el verbo de la restauración y el heraldo de la Regencia! ¡La historia viva de la nación durante veintitrés años! ¡El que tenía pocos momentos antes aún entre sus manos experimentadas todos los hilos de la trama de nuestra crisis colonial... llevado... arrebatado así... entre cuatro tablas clavadas... como un poco del polvo, en fin... que hoy recoge la humanidad y que mañana dispersará el viento!!!... Me pareció como un rapto llevado á cabo á espaldas de la humanidad por espíritus fantásticos y malignos... como un robo á mano armada hecho á la vida por la muerte, al tiempo por la eternidad, á la patria por sus enemigos... Sentí impulsos como de correr tras de aquella caja negra en que iban encerradas tantas ideas grandes, tantos pensamientos profundos, tanta voluntad, tanta autoridad, tanta fuerza... sin pararme á considerar que ya no iba dentro de ella más que un corazón helado, una lengua muda y una inteligencia apagada, y que todo lo que el gran Cánovas no podía ya decir me lo decían á gritos en clarísimos caracteres las rodadas del carro funeral,

hondamente impresas en el camino, formando estas aterradoras palabras con el polvo:

Sic transit gloria mundi.

Por eso, sin duda, se clavaron en el polvo mis pies; por eso alcé meditabundo los ojos al cielo; por eso, señores, hago punto final aquí, pidiéndoos perdón por lo que os he molestado esta noche, porque ante aquella conmovedora visión preñada de gravísimas enseñanzas y evocada hoy de nuevo por mi recuerdo ante vosotros, sólo una palabra podía subir desde mi corazón á mis labios; la palabra sublime por su sencillez y profundidad del gran orador de la Francia cristiana ante los mortales despojos del gran Rey que dió su nombre á su siglo, con ser uno de los mayores de la historia:

Sólo Dios es grande, hermanos míos.

¿Qué decir del discurso del Sr. Pidal?

Por grande que haya sido la admiración de los que acaban de leerlo, no es comparable con la que experimentaron los oyentes. Había que oír al gran tribuno, cuya voz, en la que se sucedían acentos de honda tristeza y arranques de fogosa inspiración, vi-

braba poderosa y solemne bajo las bóvedas de aquel salón lleno de gloriosos recuerdos.

Pocas veces hemos podido apreciar con tanta intensidad como anoche esa compenetración misteriosa que parece fundir en en uno, bajo el poderoso influjo de la elocuencia, todos los sentimientos y todo el pensar de una multitud. La voz del Sr. Pidal era como la voz gigante de todo aquel escogido concurso: lo que aquella voz decía con arrebatadora elocuencia era lo que sentían y pensaban todos los corazones y todas las inteligencias que allí había congregado el deseo de tributar el debido homenaje á la memoria de D. Antonio Cánovas.

Varias veces los aplausos interrumpieron al lector; y cuando el Sr. Pidal hubo acabado, fué aquello como una tempestad de entusiasmo. El ilustre orador—dice un periódico—emocionado profundamente, estuvo largo rato inclinado ante el público que le aclamaba.

DISCURSO

DE

D. SEGISMUNDO MORET

Digno coronamiento de la inolvidable solemnidad fué el discurso del Sr. Moret.

«La hermosa figura del Sr. Cánovas—dijo el Sr. Ministro de Ultramar—no podía ser retratada por nadie mejor que por el Sr. Pidal. Y después de un retrato tan grande y tan completo como el que acaba de hacer, apenas me encuentro con fuerzas para hacer un marco digno de él.

Realmente, dada la naturaleza del retrato hecho, baste con un sencillo filete que separe la pintura del lienzo de pared sobre que se coloca, con objeto de que no se confunda con él.

¿Y qué voy á decirlo yo? Cuanto podía decirse se ha dicho ya. No queda nada nuevo. No traía ningún plan de discurso; pero si lo hubiera traído, habría tenido que abandonarlo.

No haré más que llamaros la atención acerca del signo característico de Cánovas. Su afán era el de la discusión. No se desmintió nunca. Su deseo era tener un contrario para la polémica.

Otra cosa digna de notar en él era el contraste profundo que en su vida se observó, viéndose obligado á aceptar instituciones que detestaba, tales como el sufragio universal y otras, nacidas de las libertades modernas.

Para concluir, hemos de fijarnos en un detalle: La vida es una eterna producción de actividad, pero no sabemos hacia donde; no hay más que un momento, uno sólo, en que vemos la dirección que lleva nuestro movimiento en la vida: este momento es aquel en que se ven los horizontes de la muerte. Entonces es cuando únicamente sabemos adonde vamos.

Y después de este momento, cuando ya se ha muerto, cuando la historia y la opinión forman juicio acerca del difunto, antes de juzgarle, se considera que ya *ha vivido*,

que ya *ha sido*, y bajo este punto de vista es acreedor á nuestro respeto más profundo.

Por eso, respecto de Cánovas, todos debemos levantarle un altar en nuestro corazón, como homenaje al hombre que *ya fué*.

Todo el público aplaudió las elocuentes palabras del conciso discurso del Sr. Moret, y éste dió por terminada la sesión.

Digna fué, en resumen, la velada que anoche celebró el Ateneo, de la docta Corporación, del hombre ilustre á quien estaba consagrada, y de los tres grandes oradores que en ella ensalzaron las eximias cualidades del hombre extraordinario á quien llorarán durante mucho tiempo la ciencia, el arte y la patria.

